

Mi cuerpo como productor y receptor de experiencias, evocaciones y angustias.

He logrado localizar mis sentires, les he permitido desprenderse a través de lágrimas que rebosan hasta el pecho.

Sigilosamente me desanudo de las habitaciones, me basta con mirar a través de las ventanas, repentinamente atravesar la puerta, regresar y postrarme en tazas con agua hirviendo.

De sobra sé que la cafeína altera mi estado de vigilia y entorpece el andar del corazón.


Pero los días permanecen curvándose fuera de la vista, mientras me fundo entre portales brillantes transmisores de estructuras y códigos que provocan dolor o suaves caricias intermitentes.

Me escabullo sigilosamente, refugiándome bajo la coraza de piel y huesos, el dolor palidece y transita a través de la postura anclada a la profunda pesadez, al hastío constante y se vaporiza en incontables suspiros magenta.

Guardo la ruptura impaciente entre estar y no estar... mientras develo la cura para la melancolía, las noches transcurren delatándome fríamente, me digo nuevamente: deshabitemos el dormitorio repleto de manecillas...

Y entre versos fracturados y la fatídica sensación de pánico, cae una lluvia torrencial, hay escalofríos entre las sábanas, esa correspondencia en vibración me aleja brevemente de este amargo pasaje.

Mientras murmuran los pensamientos que me atormentan y sutilmente se van anidando en el cuerpo, en forma de un nuevo dolor o en el incremento de pulsaciones, esos reflejos cada vez más immaculados me habitan y se diseminan en el transcurso del día.

Lanzo un suave suspiro, después de todo esta circulación de imágenes está plagada de recordatorios absurdos, de nuevo son las tres de la mañana, es hora de dormir... 



Laura Elena González Pérez
Antropología social
laura.gonzalezper@alumno.buap.mx